TAURINA

(Crónica)

POR

JUAN GIL ALBERT

En lucha conmigo mismo asisto a la lidia. El coso ha ido llenándose, a borbotones, hasta quedar todas las graderías cubiertas por un público que, en sus movimientos y a la intensa luz de la tarde —estamos a fines de julio—, parece centellear partido por una línea de oro en dos mitades perfectas: sol y sombra. Cualquiera que sea la preponderancia del *football* y la especie de enardecimiento con que premia a sus adictos, sigo creyendo que el público taurino constituye una multitud singular y que ir a los toros es todavía, a pesar de la decadencia del género, un rito pasmoso. Hay en torno de la plaza, ese edificio circular que nos habla aún, por distraídos que vayamos a ella, de cosas muy antiguas, una emoción de una especie única, digámoslo así, ya que no en balde aquella construcción circular está allí, en medio de todos los progresos circundantes —autobuses, cafeterías, comercios de amplias vidrieras, guardias urbanos—, para servir de escenario a la sola representación cruenta que el mundo se permite. Antes de entrar en el ruedo, y en los pasillos de acceso, grupos de gentes acaloradas toman café o beben gaseosas sentados en torno a pequeños veladores a la vez que las mujeres se abanican y los hombres fuman, como un indispensable aditamento, su veguero. Entre los que se apretujan para entrar se descubren, distribuídos al descuido, como un escarchado exótico, rostros extranjeros, en su mayoría jóvenes franceses, en vacaciones, y algunos *snobs*. Cierto que, sin embargo, este público de los toros ha desmerecido mucho; ha perdido vistosidad, lo que pudiéramos llamar su entronque castizo. Las mujeres no se tocan con mantillas ni los aficionados con su ladeado cordobés. Yo recordaba aún, en mi juventud, haber visto distribuídos por los tendidos de sombra, o resguardados en las alturas de los palcos, ramilletes de manolas severas o sonrientes que parecían mantenerle a la fiesta su empaque goyesco. Los caballeros iban enfundados en sus chaquetas, pese al calor; algunos lucían corbata roja y del bolsillo alto sacaban, para refrescar sus bigotes, un pequeño abanico japonés. Los tendidos de sol han sido, en todo tiempo, populares, y dada la excesiva comodidad, que hemos acabado por aceptar, de mostrarnos en verano, y en público, como antes no nos permitíamos ni en nuestra propia

casa, constituyen un amasijo bullente de humanidad que suda a pesar de sus camisas entreabiertas y bajo los cucuruchos de papel, que se confeccionan para protegerse de los efectos de esa pincelada ígnea, dentro de cuyo ardor habrán de tragarse la fiesta. Ahora, cada una de las manifestaciones típicas había desaparecido y los que iban ocupando sus asientos eran, sin ningún atractivo que lo señalara a los ojos, la misma grey ciudadana que entra a comprar en los establecimientos o que llena las salas de los cines: lo anónimo desposeído de todo aliciente. Se diría, a pesar de todo, que puesta aquí, dentro de este reflejo vivo y un tanto inquietante de la plaza, la multitud adquiere un aspecto, como he dicho, singular, y que la distingue de cualquier otro público festivo. Mucho se ha hablado de la alegría taurina; una alegría inconfundible, en todo caso, puesto que aquí se viene a ver la muerte de los toros con toda seguridad, aunque también pudiera ser que nos haga levantarnos súbitamente del asiento alguna sorpresa.

Fiesta extraña, recóndita, primitiva, legendaria. ¿Desde cuándo el hombre se sintió sorprendido por el toro? Este animal, negro, noble, pausado y sanguíneo, supo impresionar, desde el primer momento, la imaginación humana. Se comprende viéndole. Parece algo más que un ánimal: dios, demonio, potencia. Mira de frente y no se sabe por qué se le respeta, y se quisiera entrar en pugna con él. Subyuga; pero no como la alimaña a su presa. Nos incita noblemente a la lucha, como todo lo misterioso. ¿Qué habrá dentro? ¿Qué habrá? Como se preguntan los niños. Y se inicia la lucha a muerte. Se piensa en ello cuando se le ve salir por el toril, magníficamente recortado sobre la luz, con su planta de bruto inocente, tan al desnudo. Sobre su lomo se agitan las cintas de su divisa. El ni siquiera sabe que está bautizado: se llama *Enamorado, Florido, Isleño, Juguetón.* Se le pone nombre para saber a quien se mata, me digo. Toda esta historia de cultivo y aun de mimo, en torno al toro, con la premeditada intención de someterlo después a una muerte lenta, irritante, cruel, no puede menos que reclamar mi atención, aun por mucho que hago por sacudirme de dentro los prejuicios. Estos prejuicios no se refieren tanto a la res como al hombre. Al arcano psicológico que se me descubre en él, y que, ¿por qué no confesarlo?, me produce horror. Me escalofría. Como siempre que se me hace patente, cual un relámpago, la maldad humana. Encubierta, como en este caso, bajo su pimpante frivolidad. Pero no adelantemos nuestro juicio, y fijémosnos antes en el «héroe» de la fiesta.

Precisamente, frente a mí, en el otro lado del redondel iluminado de sol y como de una boca oscura, se ven salir las figurillas de los refulgentes toreros, que se acondicionan para su presentación, ciñéndose a su

busto sus capas bordadas. Distingo a uno que, quitándose su montera y mirándola al fondo del forro como si llevara allí una imagen santa, se santigua deprisa, doblando un poco la frente, cual le había visto hacer a un bañista, aquella mañana, al entrar en el mar. La banda, en un balcón, a mi derecha, sobre el mismo toril, acomete, con estruendo un poco cansino, el pasodoble de turno. Los platillos orientales me remontan a mi niñez y la torería avanza.

Yo había alcanzado a ver, en esta misma plaza de Valencia, a una de las parejas de cartel, los dos ases de entonces en sus últimas apariciones: *Bombita* y *Machaquito:* pronto sustituídos por la nueva remesa triunfante encarnada en otras dos figuras: Joselito *el Gallo* y Belmonte, que representan, en el momento crucial de la fiesta, el paso decisivo del toreo antiguo al moderno, la preponderancia que acaban por tomar la habilidad y el lucimiento, sin menoscabo de ese don de hacer obedecer al toro, como reza la expresión castiza, sobre las viejas virtudes de la temeridad, el arrojo y la escueta valentía. Luego de ellos, en estos últimos años, España ha asistido a la desaparición de la última pareja sensacional: *Manolete* y Arruza. Aquél, camino de su tumba; éste, de su fortuna, ambos copartícipes de la misma gloria, copiándose en ellos la suerte de la generación anterior. El espada que hacía ahora el paseo y que yo tenía ante mí era el resultante de cuanto le había precedido. El hecho de no tener ya competidor me pareció significativo de los tiempos; los que le acompañaban en la lidia eran, visiblemente, subalternos, se les dejaba ver en lo segundona que se quedaba su indumentaria. Avanzaba él con su terno lujoso y lúgubre, de grueso satén negro, bordado de oro, pero no atenido al diseño corriente que se podía ver en el resto de las cuadrillas. Me informaron luego que lo vestía la casa Dior, lo que no impidió que cerca de mí una voz en valenciano calificara aquel vestido de antipático. Su portador era hombre de unos treinta y tantos años, cenceño de cuerpo y cetrino de cara, que había conservado una esbeltez juvenil, con la cintura delgada, que ya atribuye a los españoles un comentarista romano, y que no andaba todo lo airoso que hubiera podido resultar de su estampa, tal vez debido a lo excesivamente llano de las zapatillas reglamentarias, que hacen descansar a cada paso lo macizo del cuerpo sobre la planta entera del pie, como cuando se va desnudo. Pude percatarme, por mi cercanía del ruedo, de lo ceñido que se viste en la actualidad y de lo que ese ceñimiento ha ido progresando si acudimos como información a alguna imagen de *Machaco* o de Fuentes, más cargados de alamares, pero menos exiguos; ahora se va enteramente perfilado dentro de una funda de sedín, de la que sólo queda al descubierto la antepierna, exhibida con malla de un color

subido de rosa, mientras a los lados externos de la corba penden dos colgantes de pasamanería, que se llaman «machos».

El diestro de que me ocupo no forma pareja con ningún afín. No torea *inter pares*. Se ha quedado, por decirlo así, solo, entre el fugaz aparecer y desaparecer, como ocurre también en el ramo cinematográfico, de tantos nombres nuevos que faltos de un eficiente magnetismo personal no consiguen hacerse los imprescindibles en el gusto de la gente. No consiguen formar, como se dice, época. Este torero, dato también muy elocuente, ha rebasado, en su nombradía, el área nacional, ya que no es tanto figura de colmado como de club, donde lo fotografían bailando o en el aperitivo, bien de *smoking* o con camisa de *sport*, llevando prendida en una de las muñecas una cadenilla de oro. Su toreo se corresponde bien, a mi modo de ver, con lo que él es, por sí mismo, y por las circunstancias que lo han ido modelando, unas de herencia, otras de ambiente. Toreo de cabeza más que de corazón. Una especie de neoclasicismo muy a tono con la ciencia del público actual, adiestrado ya en las exigencias de la maestría. Un maestro no es siempre un creador; pero en épocas de crisis puede sustituir, con elegante dominio, la tarea vacante de la criatura genial. Desde los tiempos en que Teseo se enfrentó con el enigma taúrico, un arte ha podido evolucionar de la proeza al *divertimento*, pasando por todas las fases transitorias del valor, la pericia, la especialización y los depurados alardes del divismo. Yo creo que la historia podía resumirse así: se empezó por el toro, en bruto, ante el que el hombre se vió obligado a acoplar sus hercúleas disposiciones. A brazo partido. Pero, como en cualquier otra rama del saber, el hombre, paso a paso, acaba por ir ganando terreno a la fuerza ciega, y así es como el toro ha quedado definitivamente destinado a su papel de «víctima». Eso se ve hoy demasiado claro. La cultura taurina ha terminado por encerrar al toro en un círculo trágico. Sin apelación y con alevosía, ya que la res va llevada de la mano, desde que nace, a su matadero escénico. No hay verdadera lucha; el encuentro, el azar, es tan sólo un simulacro. Se sabe que el toro no puede sino morir, engañado, cercado, acorralado. Es, posiblemente, lo que más solivianta. La encerrona. Lo que los franceses llaman un *guet-apens*. Y he aquí lo que todavía mantiene en vilo el prestigio de la fiesta. El hecho de que de vez en cuando, una tarde cualquiera, de improviso, uno de esos oscuros *Granadino* o *Pocapena*, tratrueque el orden conveniente de la función y deje convertido al héroe en víctima. Lo cual comunica a la fiesta todo su horror, pero, indudablemente, la absuelve de momento de cualquier acusación de parcialidad. Si el riesgo existe, el honor está a salvo.

Claro que el riesgo existe, pero disminuído. Hace ya años que se comenta que el toro ha ido perdiendo complexión y acometividad. Se dice que su planta no es la de aquellos que, como moles, habían de lidiar los espadas de comienzos de siglo. Se habla incluso de estupefacientes. Al toro se le derrengaba volcándole sobre los lomos, al aventurarse por el pasadizo del toril, un saco de arena de considerables kilos. Después se optó por adormecerlo, sirviéndose de procedimientos más refinados. Y se les envía a la plaza con una suficiente dosis de anestésico. El asunto de aserrarles los cuernos ha promovido campañas de prensa y encrespado a la afición. Una confabulación de ganaderos, empresarios, apoderados o *managers* y de toreros mismos han puesto en evidencia que ni el mito resiste la injerencia del espíritu mercantil. El hambre de dinero lo invade todo. El hambre sería lo de menos. Lo que lo estropea todo es la procacidad. Analicemos lo que esta hambre da de sí, por sí misma. Hambre de dinero, hambre de gloria. En ciertos climas de la apetencia humana lo uno vale por lo otro, y pocas veces se define bien el distingo en el alma del ambicioso o del hambriento. La génesis del torero está llena, sin eufemismos, de hambre. Pero siempre resultará sorprendente cómo esta hambre material, tan acuciante, puede en algunos convertirse en hambre de algo tan hiperbólico como es la gloria misma. A quien llaman también la Fama. No cabe duda de que el cultivo de una parcela cualquiera de nuestras aptitudes, bien sean éstas primarias o reflejas, engendra una cultura especial. Ortega y Gasset escribió en su juventud: «En mi opinión, toda necesidad, si se la potencia, llega a convertirse en un nuevo ámbito de cultura.» De ahí que lo taurino, como empeño, como necesidad, haya dado lugar en España a una cultura de tipo estético, y esto es lo mejor que puede decirse de nosotros. De tal manera se ha potenciado, con tanta obstinación y *gusto,* lo que no parece sino un capricho de desocupados o una fanfarronada de presumidos. Estos chicos españoles que se lanzan a las plazas con un frenesí que a tantos otros ha de parecer digno de mejor empresa, están locos de ambición. Y para esta ambición encuentran una puerta abierta que no existe en otros lugares de la tierra, porque se la han abierto ellos con obstinación casi de toro, con ese mismo tesón, diríamos, y que se nos perdone, con que el santo se abre, para su andanza, el camino de la gloria. El de los toros es también camino desusado, y que no tiene nada que ver con lo que el mundo llama el cumplimiento de un deber respetable. Son extravagancias. Al menos para el hombre sensato. Pero algunos hacen de ellas su centro vital, su norma; una cultura. Hace poco leía yo unas declaraciones evocadoras de Juan Belmonte. Decía el sevillano: «Se me despertó la

pasión del toreo como una locura ante la cual no contaba ninguna otra cosa; todo lo daba de lado, parecía como un enamoramiento, y de noche y de día no veía más que toros.» Aunque condenara el objeto, Santa Teresa habría reconocido la prosapia de este lenguaje. Y es que cuando el intérprete de una «necesidad» se atreve a expresarse con tal ahinco, es que se pertenece ya a una cultura viva, que se la lleva dentro. ¿Que está motivada en un absurdo? Pero qué importa, si nos hace vivir, por instinto, cultamente, estéticamente. Una pasión nos ciega, y al lanzarnos en sus brazos nos aclaramos nuestra conducta, a la vez que creamos, apasionada y estilísticamente, una modalidad.

Claro que en la práctica todo sufre el deterioro irremediable que lleva en sí la vida, tanto de lo natural como de lo artístico; se evoluciona. España, por unas condiciones singulares y aun estrambóticas que han presidido su formación, se constituyó, acogida a su formato peninsular, como el apéndice occidental—ella, tan oriental por lo demás—de un continente perfectamente dilucidado en su destino civil, al que pertenece, pero con el que contrasta. Todo su conflicto ha consistido en ser y no ser, a un tiempo, europea. Pero como su papel histórico la ha revelado con capacidad para estar situada en la alta plataforma donde dialogan los cinco pueblos que han contribuído a hacer de Europa lo que es, se ha encontrado con sus particularidades antieuropeas, tan comprometidas, sin embargo, en todo lo europeo, que su vida no ha sido siempre más que un convulso asimilar y defenderse, apetecer y rechazar, tan simultáneos, que ha originado un desarreglo en sus funciones y ha hecho moverse al país en un vaivén permanente que oscila entre el máximo de tensión y de apatía. Conflicto cuya solución, en alguna fórmula inesperada de supervivencia, nos está encomendada a todos por igual, tanto en lo privado como en lo público, en lo íntimo como en lo externo. La corrida puede servirnos de buen ejemplo. Y yo mismo en esta tarde, cuando asisto en mi interior a la contradicción apurada en que mis sentimientos me mantienen: sí, no, sí, no.

Los toros, como fiesta, es cosa genuina y exclusivamente española, y que sirve, por esto, para caracterizarnos de una manera exclusiva también, sobre lo que somos, a través de lo que nos gusta. En este caso no hay término de comparación posible con otros pueblos. El hallazgo es autóctono. Aquí se sintió, se ideó y cristalizó esta afición vehemente de la lidia hasta llegar a convertirse en una necesidad y revestir luego los honores de «fiesta nacional». Lo que de ella se desprenda nos conviene perfectamente: lo bueno, lo malo y lo peor. Así somos, y en la plaza hemos encontrado, desde el siglo XVIII, la

realización festiva más elocuente de nuestra intimidad. De nuestro gusto. Cuando lo que parece un desatino en áreas más extensas de humanidad, pongamos por caso la costumbre hindú de quemar a la viuda en la misma hoguera que se prende para el cadáver del esposo, o la del ofrecimiento por los aztecas de las vísceras palpitantes aún del hombre a su dios, es aceptado por una raza como algo, diríamos, tan vital, es que esa práctica ha echado raíces muy hondas y se sustenta de un riego tan consustancial como lo es al cuerpo la misma linfa. Parecerían episodios provocados por sangres muy ardientes, pero que acaban por enfriarse lentamente al influjo de esas emociones desconsideradas y excesivas. Nada menos europeo que una corrida de toros, fiesta que se celebra, querámoslo o no, en Europa. Y en ello radica ya la contradicción y hasta, como si dijéramos, el desafuero. Un azteca no comunica con el exterior y es dueño de su mundo. Pero el rey de España es un francés; la corte, medio italiana; las modas que nos visten, cosmopolitas; nuestros hijos comulgan el mismo pan impalpable de la cristiandad, y en Alcalá o Salamanca suenan, tal como en la Sorbona o en Oxford, el latín de Virgilio o el griego de Tucídides. Este es el caso. Lo que no importará para que el rey, y el latinista, y la duquesa, y el villano—quién sabe si hasta un clérigo, de tapadillo, o un prelado, con el pensamiento—se congreguen en torno al redondel, partido en dos gajos de luz, para enardecer su sangre hispana con los sobresaltos de la castiza diversión.

Pero la confluencia europea ha ido aportando sus paliativos a la crudeza del espectáculo. Esta tarde de toros me sirve para ir estableciendo un parangón con los tiempos menos velados de mi niñez. Entonces, yo lo he visto, los desdichados jamelgos que montan los picadores salían a la plaza sin protección ninguna, con el ojo vendado, que conservan hoy, y expuestos a que se les derramaran de la primer cornada las tripas, las cuales, en ocasiones, eran embutidas en la cavidad intestinal con un recosido en la piel y salía de nuevo el caballo, vilipendiado de aquella manera incivil, a la pública vergüenza. Ahora se les protege con unos caparazones de cuero forrado de guata que preservan al animal y no lo abandonan ya, como descarnado objetivo, a la acometida del toro. Resulta incomprensible el hecho de que estos jinetes sin apostura alguna, los picadores, que juegan en la fiesta un papel anónimo, más bien borroso, sean los tristes descendientes del primitivo toreo, que se hacía a caballo, y que fué siendo relegado insensiblemente a ese su papel de mero ayudante en la lidia, por el auje que iba cobrando el toreo de a pie. Papel no por lo opaco menos indispensable, ya que con las actuaciones del rejón se le causan al toro unas buenas brechas que le restan grado a su vitalidad, deján-

doselo al espada, para su faena de muerte, estimulante y mermado. Hace ya tiempo que el público fué notando que la resistencia del toro a los efectos de la garrocha ha disminuído. Los aficionados hablan de aquellos ejemplares que soportaban impávidos hasta catorce puyazos, como ellos dicen, sin volver la cabeza. Tres han sido suficientes esta tarde para reducirlo a un presunto vencido, con la cerviz baja y la lengua fuera. Indicio de que la res que nos sirven ha perdido frescura. Pero con la disminución del bicho ha corrido parejas el lucimiento del torear: los lances, los adornos, las seducciones de una valentía que, si no está sustentada, como antaño, en el exclusivo riesgo, ha estilizado hasta los límites de lo posible su pericia formal. Una especie de «divismo» lleno de emoción artística ha sustituído, en los alardes de los diestros, a la monótona rudeza del escueto valor. El toreo está, pues, en un momento en que, perfilado como el arte de un bailarín, aunque con el prestigio de algo excepcional, de algo peligroso, y considerablemente rebajada su virulencia con paños calientes, puede sentar ya en sus gradas a los habitantes de todas las latitudes, aprovechando el que el alma europea pase por un trance tan crítico como el de sus instituciones y sus costumbres. Y se entrega a una desordenada liquidación de cuentas.

He visto que una corrida es un espectáculo que está regulado ya hasta en sus detalles más mínimos. Las mismas reacciones del público parecen responder a contraseñas estipuladas. Por ejemplo, cuando se mata al toro, y bien, la ovación no suena en el acto; se oyen palmas, sí, pero cortas, y se produce entonces un breve silencio, como si se meditara; sólo cuando han corrido las mulillas llevándose a la res y los monosabios han apagado la sangre con arenilla nueva, sube un clamor unísono acompañado de una agitación de pañuelos. Aunque también en los grados del entusiasmo se puede medir con exactitud el calibre de la faena. Entonces el diestro agradece, con el ceremonioso paseíllo de la vuelta al ruedo, su consagración triunfal. Y es que varios siglos de actuación han acabado por darle a la fiesta su forma definitiva. Ahora está ya encerrada en sus «cánones» y no parece poder aceptar en su desarrollo corrección o modificación alguna. Cocida y sacada del horno, como una terracota que ya se enfrió, su estructura está lograda. Y su curso, rigurosamente contado por minutos: el paseo, y los tres tercios, capas y picas, banderillas, muleta y estoque. Tercios o suertes que se repiten, por orden, en las dos horas y media de duración, seis veces. Si se desenvuelven con regularidad, y la tarde es lucida, el ánimo español se ensalza y parece sentir como una alegría excitada y locuaz, casi pítica, en cuyo delirio se funde tal vez, momentáneamente, el anhelo de una nación: excederse. Pero si,

por el contrario, transcurre torpe, sosa y sin trabazón formal, nada hay que la iguale en languidez y fastidio. No produciéndose el mágico transporte, la triste realidad se hace patente en el ámbito mortuorio de aquella cuenca de luz. Quedan al descubierto las aviesas intenciones, el malhumor sombrío, la fachenda del hombre disfrazado de pelele, ese pelele trágico de la literatura taurina de comienzos de siglo, de Blasco a Rubén, y el inútil sacrificio del toro, que a nadie ennoblece. En torno a él, al final, derrumbado pero aún con resuello, rematándolo, con el estoque como puntilla, una, dos, cinco veces, sin acertar, se quedan convertidos aquellos fantasiosos en unos matarifes estrafalarios. Uno de los toros, sintiéndose alcanzado de muerte, ha venido, como buscando querencia, junto a la barrera, con dignidad; me ha parecido comprender, separándose del grupo que formaban el matador con sus peones, como volviéndoles la espalda, y se ha dejado caer, por fin, con mansedumbre, esperando el remate de su agonía. Cuando ésta fué cortada de golpe por el machete, aquel mozarrón se anegó de súbito y le quedaron sus patas en alto y encogidas, en la posición de un niño de pecho. Tal vez se llevaba, no he podido evitar el pensarlo, en el fondo de su conciencia rudimentaria y, no obstante, angustiada, la imagen de que la vida es un engaño infame, una impiedad. ¿Quién era aquel tan acicalado que lo engatusaba y parecía quererle y ser su amigo? He recordado entonces que en un trabajo muy consciente de Landsberg se explicaba el significado de la corrida de este modo personal: según él, el toro representaba al hombre con su ardor, su nobleza, su deseo de vivir. Lo otro, toreros, cuadrillas, suertes, eran las artimañas brillantes, las falacias seductoras, los embustes mortales de la Vida. ¿El eterno homicidio? En casa, ya de regreso, busco entre mis libros algo que me andaba confuso en la memoria: era en este caso el juicio de un español ilustre, de un patriota intachable, de Jovellanos, y que se resume así: «Creer que el arrojo y la destreza de una docena de hombres criados desde la niñez en este oficio, familiarizados con sus riesgos y que al cabo perecen o salen estropeados de él, se puede presentar a Europa como un argumento del valor y bizarría española, en un absurdo...» Cierto que estamos bajo las luces de la Ilustración. Pero quién sabe si no se trata de los atisbos de un español nuevo y que está todavía por utilizar.

Aunque cualquiera que sea nuestro fallo, los toros tendrán siempre en su favor el haber constituído una escuela estética, un afinamiento del gusto. El pueblo español les debe, en este sentido, toda su ciencia. Y su competencia. Su saber artístico. Ni una pintura de primer orden ni la riqueza que supone su teatro nacional lograron acreditar en los

españoles un certero juicio olfativo, un discernimiento de lo que es pintura y de lo que no es más que remedo o entre lo que, en el teatro, es verdad o es cascarilla. Repasad las paredes de las casas españolas, asistid con sus dueños a los espectáculos: ello os informará. Pero todos saben lo que es torear y matizan sapientemente las características de un género que, si bien no cultivan más que unos pocos, ha sido, por decirlo así, extraído como una partícula indeleble del consenso nacional. Y por eso lo entienden tanto. Antes empleé la expresión «casi pítica» para referirme a la especie de alegría locuaz que invade al español en la plaza. Me estaba refiriendo a sus expresiones, a sus vaticinios, a lo mucho que saben ver, apreciar y calificar: definir. En los toros se siente uno rodeado de entendidos; más aún, de especificadores, y ese español de tipo mediano, más bien grueso, de trivial compostura, que se atreve a enmendarle su juego a un espada famoso gritándole: «¡No, Rafael, con ése no, que es tuerto!» O que por lo concienzuda que le sale una exclamación, advierte uno hasta qué punto de sutileza ha calibrado el temple de una faena rematada por el airón de la media verónica, me ha dejado siempre emocionado por lo enigmática que me sonaba su sabiduría. Porque es un conocer que se basa en una profundidad visual, sensual, refinada: estética. Toda la fiesta es eso: esteticismo, cultivo formal. Formalismo peliagudo y que hay que pescar al vuelo. Se ve y no se ve. Esteticismo, selección. Gusto por lo muy elaborado y evidente. Que viene de lejos. Toda una cultura cuidadosamente mantenida para que este ciudadano más bien anodino pueda valorar, en un momento fugaz de una tarde pueblerina, en Talavera o en Linares, la gracia del hombre de su raza formando con el toro una unidad expresiva, un sortilegio. Los toros y Andalucía: los campos, los olivos, los forrajes, las bodegas; las quintas blancas donde en las grandes rejas han escuchado el canto del amanecer jovencillas o adúlteras. El caballo y el espolear. La fragancia de un monte. Todo un mundo más viejo que Europa y que se ha ido condensando a su vera como un vino rancio. El poso de España, del Sur, pero que ha invadido con su intensidad, con su fantasía remota, el querer de la patria toda: un astur, un vasco, un navarro, un aragonés, un catalán. Y si oyen de toros, de guitarras, de meridionales suscitaciones, ya se sienten tan suaves, y tan arrogantes, y tan dolientes, y tan comprometidos como un español cualquiera, porque el torear, con su cortejo andaluz de presunción y holgazanería, de abandono y majeza, hace ya tiempo que caló esta tierra, como se apodera tantas veces del alma familiar no el mejor de los hijos, pero el que mejor sabe seducir. Y ante el que los viejos no dejan de mover la cabeza repitiendo: «¡Qué lástima!, acabará mal.» Con la floración

de esta misma simiente típica, los poetas andaluces han urdido, en los días aciagos de España, una guirnalda festiva que, con el mirto oscuro y el ligero alhelí, parece estar entretejida, como es propio de su finalidad, de sol y sombra. Dos de ellos aparecieron como los indicados para lidiar al alimón, en un momento dado, el toro español. Cuando se los vió por Madrid subían de lo hondo y de lo lejano; el uno, de Granada, entre los montes, y el otro, de Cádiz, a orillas del ancho mar. Con ellos pareció removerse un aire verde en el que no sé qué perfumado frescor de otros tiempos se percibía. Alguien sintió deseos de releer a Lope. Y ya no fué tan extraño que una brizna de Gil Vicente se paseara de nuevo sobre el pecho de alguna estudiante de la Universidad. Estos dos jóvenes, el granadino y el gaditano, fueron, cada uno a su modo y con estilo tan opuesto y tan complementario como pudiera ser el de dos espadas contrincantes, los espabiladores de la vida nacional. Del fragor de España, del jipío de España, de su donaire, de su aldeanería. Como un toque de clarín.

Juan Gil Albert
Colón, 35
VALENCIA